

—¡Ah, vienen!—exclamó Rascolnikof.—¡Los mandaste llamar!..... ¡Los esperabas! ¡Habías contado!..... ¡Bueno, que pasen todos: delegados, testigos! ¡Haz entrar á quien quieras! ¡Estoy pronto!

Pero en aquel momento ocurrió un incidente extraño y tan fuera del ordinario curso de las cosas, que ni Rascolnikof ni Porfirio hubieran podido preverlo.

VII

He aquí el recuerdo que la escena dejó en el cerebro de Rascolnikof.

El ruido que se producía en la habitación vecina aumentó súbitamente, y la puerta se entreabrió.

—¿Qué hay?—gritó, encolerizado, el juez instructor.—Ya he advertido que.....

No hubo respuesta; pero la causa del alboroto se adivinaba en parte: alguien quería entrar en el gabinete de Porfirio, y otra persona trataba de impedirlo.

—¿Qué pasa ahí?—preguntó inquietamente Porfirio.

—Es el acusado Nicolás—dijo una voz.

—¡No le necesito! ¡No deseo verle! ¡Lléváosle! ¡Esperad!..... ¿Por qué le habéis traído aquí? ¡Qué desorden!—gruñó Porfirio, lanzándose hacia la puerta.

—El fué quien.....—agregó la misma voz, que calló de improviso.

Durante dos segundos oyóse un rumor de lucha entre dos hombres; luego, uno de ellos fué rechazado furiosamente por el otro, que, bruscamente, penetró en el gabinete del juez de instrucción.

El recién llegado tenía extrañísimo aspecto. Miraba

de frente, pero parecía no ver á nadie. La resolución se leía en sus ojos, y al mismo tiempo, su rostro estaba lívido como el de un reo conducido al cadalso. Sus labios, blanquísimos, temblaban ligeramente.

Era un hombre todavía muy joven, flaco, de mediana estatura y vestido como un obrero.

Aquel á quien acababa de rechazar, penetró tras de él en la sala y le puso ambas manos en los hombros. Era un guardia.....

Nicolás volvió á desasirse de él.

En el dintel de la puerta se agolparon muchos curiosos, algunos mostrando deseos de entrar. Todo había pasado en menos tiempo del necesario para contarlo.

—¡Vete! ¡Aún es demasiado pronto! ¡Espera á que se te llame!..... ¿Por qué le trajisteis tan pronto?—gritó el juez de instrucción, cada vez más sorprendido.

—¡Perdón! ¡Soy culpable! ¡Soy el asesino!—dijo bruscamente Nicolás, en voz bastante fuerte, no obstante la emoción que le ahogaba.

Durante diez segundos reinó el más profundo silencio, durante el cual todos permanecieron estupefactos; el gendarme no trató de volver á sujetar al preso, y se dirigió maquinalmente hacia la puerta, donde esperó inmóvil.

—¿Qué dices?—gritó Porfirio, cuando su sorpresa le permitió hablar.

—Soy..... el asesino.....—repitió Nicolás, arrojándose.

—¿Cómo, cómo?..... ¿A quién has asesinado?

El juez de instrucción estaba visiblemente confuso.

Nicolás aguardó un momento, antes de responder.

—He.... asesinado..... á hachazos á Elena Ivanovna y á su hermana Isabel. No estaba en mi juicio.....—agregó bruscamente.

Luego guardó silencio, pero continuó arrodillado.

Rascólnikof, de pie en un rincón, le contemplaba con aire de extrañeza.

Durante algunos momentos, las miradas del juez pasaron del visitante al detenido y “viceversa.” Por último, dirigiéndose á Nicolás con una especie de arrebato:

—¡Espera á que se te interrogue, y entonces veremos si tenías ó no turbado el juicio!—dijo, con voz algo alterada.—¡No te pregunté eso!..... Contéstame ahora. ¿Tú la has matado?

—Yo soy el asesino..... Lo confieso.....—respondió Nicolás.

—¿Con qué las mataste?

—Con un hacha. La llevaba exprofeso.

—¡Oh, qué paladinamente!..... ¿Solo?

Nicolás no comprendió la pregunta.

—¿No tuviste cómplices?

—No. Mitka es inocente; no tomó parte alguna en el crimen.

—No te adelantes á declarar la inocencia de Mitka. ¿Te he preguntado nada respecto de él?..... ¿Por qué, pues, los dos bajabais la escalera corriendo?

—Yo empecé á correr tras de Mitka.... Era un recurso para no infundir sospechas.

—¡Está bien! ¡basta!—gritó Porfirio con ira.—¡No dice la verdad!—agregó en seguida como para sí.

Sus ojos tropezaron con Rascólnikof, cuya presencia parecía haber olvidado. El juez se turbó al verle. Avanzó hacia él.

—Rodion Romanovitch, “batuchka,” os ruego que me dispenséis..... Aquí no tenéis ya que hacer..... yo mismo..... ¡Ya véis qué sorpresa!..... ¡Os suplico!.....

Y cogiendo luego por el brazo á nuestro joven, le mostraba la puerta.

—Parece ser que no esperabais esto—observó Rascólnikof.

Naturalmente, lo que acababa de ocurrir era un enigma para él; sin embargo, en parte había recobrado su seguridad.

—Tampoco vos lo esperabais, “batuchka.” Mirad cómo os tiembla la mano. ¡Ja, ja!

—Vos también tembláis, Porfirio Petrovitch.

—Verdad; no esperaba esto.....

Estaban á la puerta. El juez de instrucción tenía prisa por desembarazarse de su visitante.

—¿No me dáis ya aquella pequeña sorpresa?.....—preguntó éste de improviso.

—¿Apenas ha recobrado fuerzas para hablar, y ya le tenemos irónico? ¡Ja, ja! ¡Sois muy cáustico! Vaya, hasta la vista.

—Creo que sería mejor decir “adiós.”

—¡Será lo que Dios quiera!—balbuceó Porfirio, con forzada sonrisa.

Al cruzar la cancillería, Rascólnikof notó que muchos empleados le miraban fijamente. En la antesala reconoció entre la multitud á los dos porteros de

“aquella casa.” Parecían esperar algo. Aún no había llegado á la escalera, cuando oyó la voz de Porfirio Petrovitch. Se volvió, y vió al juez de instrucción, que corría para alcanzarle.

—¡Una palabrita, “batuchka!” Concluirá este asunto como Dios quiera; pero por razones de forma, iré á pedirlos algunos detalles..... Luego nos veremos otra vez.

Dijo esto de un modo que podía suponerse que iba á seguir hablando; pero nada agregó.

—Perdonadme por la manera de expresarme hace poco, Porfirio Petrovitch..... Fuí algo vivo—dijo Rascolnikof, que había recobrado todo su aplomo y hasta sentía irresistibles ganas de bromear con el magistrado.

—¡Bah!..... Eso no tiene importancia—murmuró Porfirio en tono casi alegre.—Yo también..... tengo un carácter muy desagradable, lo confieso. Pero ya nos volveremos á ver. Si Dios quiere, nos veremos con frecuencia.....

—¿Y nos conoceremos del todo?—dijo Rascolnikof.

—Y nos conoceremos del todo—repitió como un eco Porfirio, que, guiñando el ojo, miró seriamente á su interlocutor. ¿Ahora váis á una comida de convite?

—A un entierro.

—¡Ah, sí, justamente! Cuidad vuestra salud.

—No sé qué deseáros, por mi parte—agregó Rascolnikof.

Empezaba á bajar la escalera, cuando de pronto volvióse hacia Porfirio.

—De veras os deseo en adelante más éxito que el de hoy. ¡Son muy cómicas vuestras funciones!

A estas palabras, el juez, que e disponía á volver á su gabinete, prestó especial atención.

—¿Qué tienen de cómicas?—preguntó.

—Nicolás lo dice. ¡Cuánto le debísteis atormentar para arrancarle esas confesiones! Día y noche le habréis repetido en todos los tonos: “Eres el asesino, eres el asesino.” Y cuando él se declara culpable, exclamáis: “¡Mientes! ¡No eres el asesino!” Visto esto, ¿no tengo derecho á decir que vuestras funciones resultan muy cómicas?

—¡Ja, ja! ¿Notasteis que hice observar á Nicolás que no decía la verdad?

—¿Cómo no notarlo?

—¡Ja, ja! Tenéis un ingenio muy sutil; nada se os escapa. Y además sois humorístico. ¡Ja, ja! Era, según dicen, el rasgo característico de nuestro escritor Gogol.

—Sí, de Gogol.

—En efecto, de Gogol..... Hasta que tenga el gusto de volver á veros.

—Hasta que tengamos ese placer.....

El joven encaminóse hacia su casa. Cuando entró en el pequeño aposento, se tendió sobre el diván, y por espacio de un cuarto de hora trató de poner en orden sus ideas. Ni aun se preocupó de la conducta de Nicolás, comprendiendo que había en ella un misterio del que, por el momento, en vano buscaría la clave. Por otra parte, no se hacía ilusiones sobre las probables consecuencias del incidente; las declaraciones del pin-

for no tardarían en ser reconocidas como falsas, y las sospechas volverían á recaer sobre él. Pero mientras tanto era libre, y debía tomar sus medidas en previsión de un peligro que consideraba inminente.

Pero ¿hasta qué punto estaba amenazado? La situación empezaba á aclararse. El joven se estremecía al recordar su conversación con el juez. Sin duda no podía penetrar todas las intenciones de Porfirio; pero lo que adivinaba era más que suficiente para comprender de qué riesgo terrible acababa de escapar. Ciertamente que no se había comprometido demasiado; pero, sin embargo, las imprudencias de que se inculpaba constituían una prueba contra él; pero esto no tenía sino un valor relativo. ¿No se engañaba al pensar de aquel modo? ¿Cuál era el objeto de Porfirio? Algo había maquinado para aquel día. ¿Cuál sería su idea? Sin la inesperada aparición de Nisolás, ¿cómo hubiera acabado la entrevista?

Rascolnikof estaba sentado en el diván, con los codos en las rodillas y la cara entre las manos. Un temblor nervioso continuaba agitando todo su cuerpo. Por fin se levantó, tomó su gorra, y después de un momento de reflexión, se dirigió hacia la puerta.

Pensaba que, por entonces al menos, no tenía nada que temer.

De repente experimentó una especie de alegría; ocurriósele la idea de ir lo antes posible á casa de Catalina Ivanovna. Ya era tarde para asistir al entierro; pero llegaría á tiempo de tomar parte en la comida, y allí vería á Sonia.

Se detuvo, reflexionó, y una dolorosa sonrisa apareció en sus labios.

—¡Hoy, hoy!—repitió.—¡Sí, hoy mismo! ¡Es necesario!.....

En el momento en que iba á abrir la puerta, ésta se abrió por sí misma.

Retrocedió, espantado, al ver aparecer al enigmático personaje de la vispera, al hombre “salido del centro de la tierra.”

El visitante se detuvo en el umbral, y después de mirar en silencio á Rascolnikof, dió un paso hacia él.

Iba vestido como la vispera, pero su rostro no era el mismo. Parecía muy afligido, y exhalaba hondos suspiros.

—¿Qué deseáis?—preguntó Rascolnikof, pálido como un muerto.

El hombre no respondió, pero se inclinó hasta el suelo.

—¿Quién sois?—exclamó Rascolnikof.

—Perdón—dijo el hombre en voz baja.

—¿Por qué?

—Por mis malos pensamientos.

Miráronse el uno al otro.

—Estaba enfadado. Cuando el otro día, quizá con el juicio trastornado por la bebida, hablasteis de sangre y rogasteis á los porteros que os coodujeran á la oficina de policía, vi con sentimiento que no hacían caso de vuestras señas, y ayer vine aquí.....

—¿Vos fuísteis quien vino?—interrumpió Rascolnikof.

En su cerebro empezaba á germinar la luz.

—Sí. Os insulté.

—¿Luego estabais en aquella casa?

—Sí, estaba en la puerta entonces. ¿Acaso lo habéis olvidado? Vivo allí ha mucho tiempo; soy peletero.....

Rascolnikof recordó que, en efecto, alguien había dicho, en aquella ocasión, que debía ser conducido ante el juez.

Así se explicó del modo más sencillo el misterio de la víspera. ¡Y bajo la inquietud que le causó una circunstancia tan insignificante, había estado á punto de perderse! Aquel hombre no había podido contar sino lo que sabemos. Luego salvo aquel paso de un “enfermo delirante,” salvo aquella “psicología de dos fines,” Porfirio Petrovitch no sabía nada. No poseía hechos, no sabía nada positivo.

—De consiguiente—pensaba el joven,—si no resultan nuevos cargos (que estoy seguro que no surgirá), ¿qué se me puede hacer? Aun cuando se me arrestara, ¿cómo fundar en definitiva mi culpabilidad?

Otra conclusión, según Rascolnikof, se desprendía de las palabras de aquel hombre. No hacía mucho tiempo que Porfirio tenía noticias de su visita á la habitación de la víctima.

—¿Dijisteis hoy á Porfirio que ayer estuve allí?—preguntó, asaltado por una súbita idea.

—¿A qué Porfirio?

—Al juez de instrucción.

—¿Hoy?

—Un minuto antes de llegar vos. Todo lo he oído. Sé que os ha hecho pasar un mal rato.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—¡Si yo estaba allí, en el gabinete contiguo!

—¡Cómo! ¿Luego vos erais la sorpresa? Pero ¿qué es lo que ha sucedido?..... Hablad, os lo suplico.....

—Viendo—empezó el burgués—que los porteros se negaban á ir á dar parte de lo ocurrido, so pretexto de que era tarde, experimenté un vivo disgusto, y resolví pedir informes de vos. Al día siguiente, ayer, como sabéis, me informé como deseaba, y fui á ver al juez. Pero no pude encontrarle, y tuve que volver hoy. Y hablando con él estaba, cuando se os anunció. “Retírate á ese gabinete—me dijo entonces, llevándome una silla,—y estate ahí sin moverte, oigas lo que oigas; es probable que tenga que seguir interrogándote.” Luego cerró la puerta. Cuando Nicolás entró en el gabinete, os despidió y á mí me hizo salir. “—Te preguntaré más aún”—me dijo al marcharme.

—¿Han interrogado á Nicolás delante de ti?

—Salí detrás de vos, y antes de empezar el interrogatorio.

Terminado su relato, el burgués volvió á exclamar, inclinándose humildemente:

—Perdonadme por mi denuncia y por el mal que os he hecho.

—¡Que Dios te perdone!—dijo Rascolnikof.

El burgués volvió á inclinarse, y se retiró.

—¡Ninguna prueba consistente; solamente cargos

que no pueden serlo!—pensó Rascolnikof, renaciendo á la esperanza.

Y salió del aposento.

—¡Aún podemos luchar!—se dijo, con sonrisa de ira, mientras bajaba la escalera.

Censurábase á sí mismo, y reinaba humillado en su cobardía.

6/11/63

[Handwritten signature]
[Handwritten signature]

FIN DEL TOMO II

[Handwritten scribble]

